

Carta vocacional Noviembre-2008-

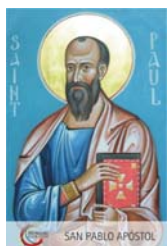
Queridas hermanas cuantas veces hemos oído que se nos invitaba a ser dóciles a la gracia. La docilidad es una virtud necesaria para descubrir y para dejar que se realice en nosotros la obra de Dios. P. Alberione nos invita a contemplar esta virtud en San Pablo, y nosotras trataremos de reflexionar al respecto desde nuestra mirada vocacional.

“ San Pablo nos da un ejemplo de docilidad, dejándose guiar, en el desarrollo de la misión y en su apostolado, por el consejo de otros. Cuando cayó a tierra en el camino de Damasco y pregunto: “¿Qué debo hacer?” se dirigió a Jesucristo, pero éste le envió a preguntárselo a sus ministros: “Entra en la ciudad y allí te dirán lo que tienes que hacer”. En efecto, el Señor advirtió a Ananías, le mandó donde Saulo, que ya en Damasco, desde hacía tres días ayunaba y oraba. Ananías le invitó a recibir el bautismo y se lo administró. Saulo se hizo cristiano, pasó a ser el vaso de elección.”

(Beato P. Alberione, RSP, p384-385)



Quien de nosotras no ha experimentado, en el encuentro con el Señor, en el camino vocacional esta inquietud que quema el corazón: “Y ahora ¿qué debo hacer?”. Semejante a esta pregunta los jóvenes de hoy preguntan: “¿Qué tengo que hacer para descubrir mi vocación?”, ¿Cómo puedo hacer para escuchar a Dios?, ¿Cómo me doy cuenta que Dios me llama?. Que importante es estar atentas a estas preguntas para saber responder. Es importante saber orientar hacia el desarrollo de la docilidad. Así como el Señor responde a Saulo, también nosotras tenemos que invitar a “entrar en la ciudad”, es decir, entrar en sí mismo, hacer silencio, cerrar los ojos humanos y dejar que se abran los de la fe para encontrarse con sí mismo, con el propio corazón, allí donde Dios habla, y no deja a nadie sin respuesta. Este espacio de silencio y quietud, está reflejado en el ayuno y la oración de Pablo durante tres días. Tenemos que enseñar a esperar en oración y silencio. Y al mismo tiempo tenemos que ejercitarnos en acompañar: llevar a la ciudad de la mano; escuchar a Dios como Ananías; arriesgarse, acercarse humana y fraternamente, superando nuestros prejuicios y sanar, para luego invitar a la conversión. La docilidad de Pablo lo lleva a aprender que para encontrar su vocación tiene que contar con los otros, y a nosotras vocacionistas nos lleva a aprender que nosotras somos aquellas con quienes tienen que contar los jóvenes. Tenemos que hacernos cargo de nuestra misión y de la docilidad que se nos pide a la gracia.



“Entonces entendió, al menos en general, su misión. Obró según el consejo de Ananías; se retiró al desierto de Arabia, pasó allí años de trabajo, oración, mortificación, lecturas y meditación. Luego se retiró de nuevo a Tarso, su patria y estuvo allí viviendo como buen cristiano. Llegó Bernabé, inspirado por Dios, le invitó a Antioquia para participar en la predicación que por entonces recogía tantos secuaces de Jesucristo. Y Saulo se dejó conducir por el consejo. Bernabé era muy apreciado por su prudencia y por su piedad (Hch 9, 20-30)” **(Beato P. Alberione, RSP, p.385)**

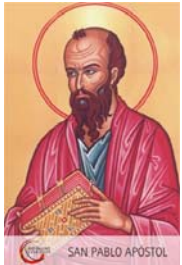
Generalmente un tiempo de mucho entusiasmo espiritual y mucho consuelo resultan de este tiempo de silencio y espera en el discernimiento. Aquí se nos muestra un segundo nivel de docilidad: saber volver a Tarso y vivir como buen cristiano. Es decir, volver a lo cotidiano, al paso a paso de cada día, a las responsabilidades de casa, trabajo, estudio, con un corazón nuevo. Es el tiempo de perseverar, de sostener la novedad y la verdad, más allá del consuelo y la desolación. Es el tiempo de probar la alegría interior de la fe. Es importante saber acompañar este tiempo, sin apresurar, sin querer inferir nuevos sentimientos y emociones, saber dejar que las olas se calmen, que los pies vuelvan a pisar tierra. Es la docilidad a lo normal, a lo humilde. Se calman las ansiedades para poder dar un paso más. Pablo acompaña a Bernabé en su predicación, lo ve, lo escucha, aprende. Y Bernabé le enseña lo esencial: anunciar al Señor y saber mirar al pueblo, reconocer sus ansias, sus interrogantes, sus anhelos; saber leer sus pasos de fe; reconocer, intuir, entregar de manera oportuna la Palabra de Dios. Para nosotras, acompañantes vocacionales, qué hermosa misión es dejarnos mirar, escuchar y actuar pastoralmente.

Docilidad para dejar que Dios nos use como instrumentos para formar a través de lo que somos y hacemos.

“Pablo pasó algún tiempo con los sacerdotes que dirigían aquella Iglesia: él no salía al proscenio, no pedía que le tocaba hacer; pero llegó el consejo de arriba: “Apartadme a Bernabé y a Saulo...para la obra a que los tengo llamados” (Hch 13,2). El Espíritu Santo se dejó oír; y Pablo, dócil, después de ayunar y orar, fue ordenado. Y entonces parte para su misión” (Beato P. Alberione, RSP, p.385)



Finalmente el consejo de la comunidad confirma la autenticidad de la voz del Espíritu que llama a la misión. La docilidad de Pablo ha llegado a un nuevo nivel, escuchar la voz de la comunidad. Y nuestra docilidad de vocacionistas nos exige un absoluto respeto y transparencia a esa voz de Dios. Es el tiempo de invitar a escuchar con amplitud de mente y de corazón, a dejarse confrontar, a dejarse mirar por los hermanos. Y para nosotras tal vez sea el tiempo de despojarnos más y entregar todo el camino vocacional hecho en manos de su dueño, el Señor. Es el tiempo de desprender, de dejar caminar, de permitir que la misión que le fue encomendada a esta persona se cumpla. ¡Cuánto espíritu de humildad y de valor habrá que tener! ¡Cuánta libertad interior!



“San Pablo es un ejemplo de docilidad a la gracia; es el ejemplo de quien se deja conducir por quienes representan a Dios. ¡Quién sabe cuántos deseos había, en aquel corazón tan ardiente, cuántos proyectos, cuánta ansia de predicar a Jesucristo! Lo había demostrado ya en Damasco, después de la conversión; pero se muestra dócil y actúa según el consejo que le dan.” (Beato P. Alberione, RSP, p.385)

Si estamos acostumbradas a hablar de la docilidad que tienen que tener los vocacionados en el discernimiento o en el camino formativo, tendremos que empezar a cuestionarnos sobre nuestra propia docilidad a la misión de acompañar y formar, sobre nuestra docilidad a esperar los tiempos necesarios y los procesos personales, sobre nuestra docilidad a dejarnos ver y descubrir humanos, sobre nuestra docilidad a dejar en libertad, sobre nuestra docilidad a renunciar a un acompañamiento estrecho: cuando quisiéramos imponer, buscar invitar; cuando quisiéramos controlar, elegir confiar; cuando quisiéramos apresurar, optar por respetar los tiempos; cuando quisiéramos tener ya un buen número de vocaciones, replantearnos como vivimos si nuestra PV es la de Jesús, si su fin es la evangelización y el crecimiento del Reino o seguimos mirando nuestras necesidades; si realmente consideramos sagrada la vocación de cada persona o una cuestión de eficacia y funcionalidad; si realmente tenemos como centro a la persona y su bien, o buscamos conseguir a toda costa que nuestros planes y programas se cumplan, se realicen como los pensamos.

Si no tenemos claridad en estas opciones fundantes, podríamos caer con el tiempo en el desaliento, la victimización y por qué no la desesperación. El secreto quizás esté nuevamente en volver a la fuente: Jesucristo y sus opciones.

Les deseo a todas un profundo ejercicio de docilidad y una fecunda actitud de abandono al Plan de Dios. ¡Bendiciones para todas!!

Para nuestra reflexión personal y comunitaria:

- ¿Qué entendemos por **docilidad**? ¿Qué aprendimos al respecto en nuestra formación?
- ¿Qué entiende el joven de hoy por **docilidad**?
- ¿Cómo podríamos formar en la docilidad a los jóvenes que están en contacto con nosotras?
- ¿Cómo nos sentimos al respecto de nuestro desempeño en el acompañamiento en relación a la docilidad?
- ¿Cómo vivimos la docilidad y el abandono a la voluntad y el proyecto de Dios?